



Dossier: Serie Años Cruciales

María Elena Barral, 1831 – Orden, federalismo y provincias (Los Polvorines: Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024).

Griselda Isabel Sotelo

*Universidad de Buenos Aires
griselda.sotelo@gmail.com*

*Fecha de recepción: 12/05/2025
Fecha de aprobación: 22/05/2025*

Entre la firma del Pacto Federal en 1831 y la repatriación de los restos de Rosas en 1989 ha transcurrido más de un siglo y medio, pero la historia, como una inmensa e invisible telaraña, propone caminos que enlazan tiempos y espacios. En este libro, *1831. Orden, federalismo y provincias*, María Elena Mañe Barral nos ofrece un panorama de época, pero para quienes estén atentos, las conexiones de esta telaraña son múltiples y de larga duración.

Barral es doctora en Historia por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla e investigadora independiente del Conicet. Desarrolla su trabajo docente de la Universidad Nacional de Luján (UNLu) y la Universidad Nacional de San Martín (EIDAES - UNSaM), y es una de las directoras del

Grupo *Religio* y del área de Historia Digital en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. Su especialidad es la historia social colonial y de la primera mitad del siglo XIX y sus investigaciones versan sobre el catolicismo rioplatense y argentino. Es autora de numerosos libros, como *Catolicismos de la colonia a la república. Nuevas miradas desde el sur*, escrito junto con Valentina Ayrolo y Guillermo Wilde, y *Curas con los pies en la tierra. Una historia de la Iglesia en la Argentina contada desde abajo*¹, entre otros, además de publicar capítulos de libros, como en *Nueva Historia de las mujeres en Argentina*² y participar en la confección de material escolar y en otras obras de divulgación.

Estos antecedentes, que se aprecian a lo largo del libro, no supusieron que su formato dejara de ser desafiante. En la presentación publicada en este mismo dossier, la autora relata las particularidades de escribir sobre un año específico. 1831 se ancla en la firma del Pacto Federal entre las provincias del Litoral, pero ¿cómo se llegó a eso? ¿qué consecuencias tuvo? ¿cuál fue el impacto entre los gobernadores, los comerciantes, los indios y los libertos? Todo esto, y más, es desarrollado por Barral en el texto. Para ello propone una dimensión temporal amplia, que desborda la unidad anual, y también espacial, porque si bien Buenos Aires ocupa el epicentro del relato, se ve un esfuerzo por incorporar distintas problemáticas provinciales.

El libro está organizado según la decisión editorial: Presentación de la serie, Introducción, el primer capítulo sobre política, el segundo sobre economía y el tercero (que en este caso es el que más se luce junto a la introducción) sobre la vida social y cultural. Por último, las conclusiones o reflexiones finales no son el cierre definitivo, ya que a continuación, además de las fuentes y la bibliografía consultada, aparece una cronología y una sugerencia de películas y obras teatrales relacionadas con los diferentes temas abordados.

Adentrándonos en la obra, la introducción es original, y según creo, la que propone estas idas y vueltas en el tiempo, las resignificaciones políticas y sociales de ciertos acontecimientos y

-
- 1 María Elena Barral, Valentina Ayrolo y Guillermo Wilde, eds. *Catolicismos de la colonia a la república. Nuevas miradas desde el sur* (Rosario: Prohistoria, 2023); María Elena Barral, *Curas con los pies en la tierra. Una historia de la Iglesia en la Argentina contada desde abajo* (Buenos Aires: Sudamericana, 2016).
 - 2 María Elena Barral, “Feligresas en tiempos convulsionados. Intervenciones en la vida política bonaerense, 1821-1836”, en *Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina*, Débora D’Antonio y Valeria Pita, dirs. (Buenos Aires: Prometeo, 2023), 75-95.

figuras de nuestra historia. Allí se relata de forma pormenorizada la repatriación de los restos de Rosas durante la primera presidencia de Menem, en septiembre de 1989. A su vez, a través de la narración de los anteriores intentos fallidos, la historiadora nos introduce en las distintas vertientes historiográficas que analizaron y “juzgaron” al Brigadier Juan Manuel de Rosas y sus gobiernos.

Así, Barral reflexiona sobre la operación política que se pretendió llevar a cabo: a través de la reivindicación de Rosas y la construcción de la unidad nacional desde el presente, lo que proponía Menem era una “reconciliación” y el cierre de las heridas entre los argentinos respecto del pasado, pero sobre todo del reciente: la dictadura, exhortando a la pacificación a la que se refirió cuando otorgó, vía decreto, los indultos a los comandantes condenados en el Juicio a las Juntas (precedidas por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final del gobierno de Ricardo Alfonsín). Destaca en esta primera parte el uso del archivo, particularmente el del diario *Página 12*, y cómo, en pocas páginas y de manera sencilla se presentan las distintas corrientes historiográficas sobre el rosismo.

Ya en el primer capítulo, “Orden político y conflictividad en los tiempos del Pacto Federal”, trata más estrictamente sobre el Pacto y la compleja situación política del momento. Pero para llegar a 1831, la autora reconstruye el contexto a partir de los procesos que devienen desde 1810 —e incluso antes— “desde el pasaje de la autonomía a la independencia” (p. 29) donde veremos surgir los nombres de quienes serán gobernadores y jefes militares de importancia en la década del 30, que son los caudillos que fueron reacomodándose y gobernando las distintas provincias ante la caída del poder central en 1820. La primera década de autonomía provincial se verá también atravesada por el enfrentamiento entre las tendencias unitaria y federal. En este aspecto, Barral busca transmitir la volatilidad de las identidades políticas y los trémulos intentos constitucionales. Este pasaje del texto, tal vez al recaer en un pecado común a los historiadores, querer explicar todo, puede resultar un poco confuso. De todas formas, el relato es eficaz y consigue abarcar un período muy complejo, incluyendo dinámicas específicas de cada provincia (espacios aún en formación en el 20). Destaca el análisis del escenario bonaerense, el enorme peso que tuvo el asesinato de Manuel Dorrego y el ascenso de Juan Manuel de Rosas como líder, quien

supo capitalizar políticamente aquella muerte, coyuntura que se presenta vivamente a partir de sus funerales, discursos, etc.

Ahora sí, el pacto y las cuestiones centrales que involucró: firmado en enero de 1831 por los representantes de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, reconoció la independencia de las provincias. Éstas delegaron en Buenos Aires el manejo de sus relaciones exteriores y la prohibición de la libre navegación de los ríos Uruguay y Paraná. Si bien nació como una alianza de carácter provisorio, se fueron sumando el resto de las provincias y fue el fundamento institucional interprovincial hasta la Constitución de 1853. También implicó una alianza ofensiva y defensiva que derrotó en menos de un año a la Liga Unitaria. Esta laxa Confederación fue liderada en el norte por Alejandro Heredia, por el santafesino Estanislao López en el Litoral y por Rosas desde Buenos Aires. La autora aprovecha la exposición sobre el Pacto Federal como momento crucial para presentar a las distintas figuras y ensayos políticos regionales, resaltando el rol de actores mediadores en la construcción de poder y de andamiajes institucionales, como algunos curas y jueces de paz, entre otros. Desde esta perspectiva examina la gran conflictividad política entre 1828 y 1831, y la formación de la Liga del Interior (o unitaria) y su derrota: los unitarios con José María Paz a la cabeza no lograron arraigo en las poblaciones locales. Mientras, Buenos Aires y el Litoral se afianzaron en el liderazgo político y económico. Barral analiza las trayectorias y la construcción de poder de los líderes federales en las provincias tomando los casos de Manuel Dorrego, Facundo Quiroga, Estanislao López y Juan Manuel de Rosas, a partir de su recorrido por las estructuras políticas y militares locales, con sus características propias. Esta mirada federal es una gran virtud del libro, que consigue mantener a pesar de dar cuenta de un gran peso pesado como fue Juan Manuel de Rosas.

Respecto a este último, la autora destaca el momento que funciona como punto de inflexión en varios sentidos: el asesinato de Manuel Dorrego, hecho que Rosas va a capitalizar políticamente en los segundos funerales que le organiza, “esa voluntad de reparar y construir una memoria histórica” (p.42) que, podríamos osar decir, tiene una especie de línea de continuidad en el tiempo con la repatriación de sus restos.

Tanto en el apartado en el que examina el orden institucional y político, como en el que considera los procesos electorales, se detiene sobre un aspecto decisivo para apreciar las continuidades y novedades: el rol vital de los intermediarios en los espacios locales (pueblos, villas, etc.), como los jueves de paz durante el rosismo, o los decuriones mendocinos, quienes tuvieron cada vez mayor incidencia en el disciplinamiento y control social. En Mendoza, el Reglamento de policía de 1828 incorporó a los comisarios a quienes tendrán que remitir los decuriones (hasta ese momento lo hacían directamente a los gobernadores). Jueces de Paz, comandantes de milicias y párrocos, entre otros, formaron parte ineludible de la construcción de la gobernabilidad. Lo mismo ocurre respecto a las elecciones, que se convierten en un dispositivo crucial para fundamentar la legitimidad. Barral nos muestra la variedad de requisitos electorales que existía entre provincias, aunque en todos los casos el voto era bastante amplio en comparación con otras partes del mundo occidental.

En “A modo de cierre” la autora juega con la imagen de tapa y las declaraciones de la época: Rosas, “el exterminador de la anarquía” golpeando a la hidra. Barral señala la polisemia de la imagen, ya que Rosas podía exterminarla o ser una de sus cabezas, según el signo político de quien la usara. Finalmente, la firma del pacto en 1831 implicó la construcción de un orden republicano de forma confederal, en el que convivieron continuidades, como las movilizaciones armadas, y novedades, como las elecciones, donde Rosas y los distintos gobernantes incorporaron su impronta pero “no actuaron en el vacío”, sino en una historia de interacción con instituciones locales y la conformación de bases de poder que, de acuerdo a los casos que desarrolla la autora, implicaron tanto a mediadores como a los sectores populares (mujeres, sectores plebeyos movilizados en armas, indígenas, etc.).

El segundo capítulo “Producción, mercado y trabajo: las economías regionales buscan un lugar en el mundo” trabaja tiempos más largos (son cambios que afectaron a gran parte de occidente, ya desde el siglo XVIII). A grandes rasgos, la autora explica las transformaciones ocurridas a partir de la Revolución, como el fin del monopolio comercial de la Corona, la atlantización de la economía en relación con modificaciones de la demanda europea, los cambios en las importaciones de productos suntuarios a manufacturados sobre todo desde Inglaterra, tendencia que comienza a modificarse desde los 30, cuando aparecen Estados Unidos, Alemania y

Francia como proveedores. Lo que se exporta son fundamentalmente productos pecuarios, y Barral examina la forma en que las economías regionales se reacomodan ante estas novedades. En este sentido, el Litoral aprovechará las ventajas que tiene para vender productos vía el Atlántico y (a grandes rasgos) el Interior va a buscar distintas alternativas: vender ganado y otros productos a Chile, ubicar sus producciones tanto en Buenos Aires y Córdoba, como en el Alto Perú, lo que Roberto Schmit denominó “economías bifrontes”. Al tratar estos aspectos económicos, Barral los expone en clave social, reconstruyendo una dinámica en la que observamos a diversos sectores, sobre todo a los esclavos y libertos, en plena acción.

En este capítulo, la autora presenta algunos de los elementos más relevantes de la historiografía reciente sobre las décadas del 20 y del 30. Así, señala a la guerra del Brasil (1825-1828) como un momento álgido, la primera librada entre países de Iberoamérica que ya eran independientes. Los costos, como los de toda guerra, fueron muy grandes, tanto en lo humano como en lo económico y lo político (es a la vuelta de la misma que Lavalle, jefe del ejército, lleva a cabo el golpe de Estado y el asesinato del gobernador de Buenos Aires Manuel Dorrego). Los efectos económicos se hicieron sentir varios años, con fenómenos como la inflación en Buenos Aires, pérdidas del stock ganadero, etc. Entre los temas desarrollados por la autora no podemos dejar de nombrar, en primer lugar, el préstamo que toma Bernardino Rivadavia con la Baring Brothers en 1824, cuya finalidad era la construcción de obra pública, y termina dilapidado en gran medida en la guerra y, en segundo lugar, el análisis de la desigualdad en base a los salarios, los precios de los bienes y sus fluctuaciones —haciéndose eco de los trabajos de Jorge Gelman, Daniel Santilli, Roy Hora y Julio Djenderedjian entre otros—.

Desde fines del siglo XVIII y hasta la década del 20, la frontera de Buenos Aires se encontraba medianamente estabilizada, pero es a partir de la apertura comercial y el hambre de tierras para poner en producción que la conflictividad escala. A partir de este problema, la autora explica el juego de coerción y consenso que se configura con los distintos grupos indígenas, y las políticas que va a llevar adelante Rosas desde 1833. Entre ellas, las negociaciones pacíficas y tratados formales con los principales caciques del sur, y retomando las investigaciones de Silvia Ratto, la diferenciación entre indios amigos y aliados. Barral introduce aquí el papel fundamental que jugaron los mediadores, personas en general mestizas, que hablaban diferentes lenguas

indígenas y que vivían tanto entre criollos como en las tolderías. La introducción de estos agentes nos muestra un mundo mucho más interrelacionado, complejo y rico en las áreas fronterizas que la imagen tradicional.

Tomando una frase de Juan Lavalle, “La república es una merienda de negros” (p. 74), Barral desarrolla la progresiva eliminación del comercio esclavista y de la esclavitud, aclarando que fue un proceso no lineal. El mundo que detalla, de convivencias y estrategias llevadas adelante por los indígenas, esclavizados y libertos, es algo que dejará al lector con ganas de conocer mucho más, sobre todo si tenemos en cuenta que en la década del 30 el 26% de la población de Buenos Aires era negra o mulata. Barral detalla aspectos vinculados con la construcción de un entramado de relaciones al que se puede acceder vía el estudio de las milicias de negros, pardos y morenos, las cofradías, las sociedades africanas y los periódicos, las que forjaron una relación estrecha con Encarnación Ezcurra y Juan Manuel de Rosas.

Para cerrar este capítulo, Barral sitúa los inicios de la recuperación económica y el protagonismo de la ganadería entre 1830 y 1840 que, aunque consolidó a una clase terrateniente concentrada, continuó conviviendo con medianos y pequeños productores. Pasando por diferentes ámbitos de la Confederación, también desarrolla la disolución de las comunidades indígenas en Salta y en Jujuy y un mercado de trabajo que a nivel general dispone aún de distintas formas de dependencia.

El último capítulo, “La vida social y cultural, y la búsqueda de adhesiones políticas”, profundiza sobre aspectos, como el género, tratado antes, pero en este caso analizando tanto el rol de Encarnación Ezcurra como el de su hermana, y la apelación a otras mujeres “madres y hermanas”. También examina la prensa y la guerra de opinión, las fiestas y los rituales, haciendo hincapié en la religión (católica) y sus agentes, los cambios que se fueron implementando en estas décadas, todo ello en vínculo con la política federal, y centrándose en Buenos Aires.

Así, Barral se detiene en 1833 para desarrollar cómo Encarnación utilizaba la prensa, y qué clase de alianzas y apoyos buscaba en los sectores bajos y racializados. En la guerra de opinión aparece prensa cismática (federales antirrosistas), apostólica (rosistas) y de emigrados antirrosistas en relación con unitarios. Los antirrosistas van a crear lo que Barral preenta como una “contra

iconografía” —en respuesta a la divisa punzó rosista— donde se distribuyen imágenes en las que se suceden la violencia, el vicio (incluso relaciones con el vampirismo) y la depravación de Rosas, su familia y sus seguidores. Con respecto a las fiestas, la autora destaca la búsqueda del control de la población. Comienzan a aparecer nuevas fiestas cívicas en detrimento de las religiosas, lo que observamos como una continuidad con un cambio de sentido. Se incorporaron festejos federales, y otros propios de la figura del gobernador y su familia.

Un tema que la autora aborda ampliamente en este capítulo es el de los cambios y continuidades de la religión católica y los curas o párrocos, ya que es especialista en el tema. La ambigua relación entre el gobierno provincial y la iglesia, cómo se transforma el papel de las parroquias y los curas desde 1810 en adelante, ya que la revolución significó el corte del vínculo con la Santa Sede, que se retomó nuevamente en la década de 1830. Barral hace un recorrido para dar cuenta de los cambios, reformas y continuidades en la década del 20 en Buenos Aires, San Juan, Mendoza y Córdoba.

Durante el rosismo, los párrocos tuvieron que convertirse en agentes de propaganda política. Además, las reformas hicieron que fuera apareciendo una estructura de gobierno con nuevos agentes que tomarían varias de sus funciones (como los jueces de paz). Barral desarrolla un ejemplo por demás interesante y contundente, el del ritual de Reconciliación, al que por cuestiones de espacio no podemos describir en detalle, pero cuya función, como su nombre permite inferir, era acercar a los enemistados a través de una serie de pasos, oraciones, visitas, etc. Este ritual religioso va a ir transformándose para la década del 30, desplazando a los curas y las misiones que lo llevaban adelante, dándole un tinte político, donde el perdón al enemigo tenía límites bajo la predicación rosista de federalismo o muerte.

El último gran tema de este capítulo es la música, considerando los importantes aportes de Guillermina Guillamón entre otros, y mostrando cómo algunos sectores (entre ellos la generación romántica o del 37) pensó en la música como estrategia “de independencia cultural” (p.111) y civilizatoria. La autora concluye que hubo que salir a conquistar adhesiones, construir identidades políticas y hubo una variada cantidad de estrategias en ese sentido.

En las “Reflexiones Finales” Barral destaca el posicionamiento de Juan Manuel de Rosas y los opositores que comenzaron a aparecer. Hubo un momento en donde él entendió que la elite ya no lo acompañaba y que su base de sustentación real tenían que ser los sectores populares. A su caída en 1852, la autora analiza la pervivencia de la identidad rosista en estos sectores, a pesar de las prohibiciones y la demonización de sus gobiernos. Así también va a dar cuenta de “la vuelta del rosismo” a partir de la historiografía revisionista y neorrevisionista, vinculando también el proceso con la canción federal en 1920.

A modo de conclusión, nos gustaría señalar algunas cuestiones que logran transformar el año “opaco” de 1831 en un libro interesante. La reconstrucción de los grandes hechos políticos convive con la recuperación de aspectos cruciales de la dimensión social. El análisis transversal del papel de los sectores populares y el desarrollo de la construcción de liderazgos políticos e instituciones provinciales son algunas de sus grandes virtudes. La escritura cuidada, amable y el aporte cultural, con cielitos, letras de canciones, e imágenes suman aspectos importantes y que muchas veces no se tienen en cuenta con esta profundidad. En este sentido, consideramos que el libro puede abarcar a un grupo de lectores muy amplio: cualquier curioso/a de la historia, docentes de enseñanza media y universitaria, y estudiantes. Y celebramos la aparición de libros de divulgación que, como este, confían en sus públicos y se atreven a ser creativos.